

Homilía de XXIV Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2012 - 2013 - (Ciclo C)

“Ese acoge a los pecadores y come con ellos”

Pautas para la homilía

El Señor se fía y se confía de nosotros

En la segunda lectura San Pablo, con harta pasión, nos transmite su experiencia de conversión. Una experiencia de conversión profunda que le lleva a pasar de perseguidor de cristianos a cristiano perseguido. El Señor puso su confianza en él y él aceptó llevar a cabo el ministerio del apostolado. Llama la atención que la experiencia de Dios de Pablo es una experiencia de Jesús resucitado, alguien a quien él no ha conocido en vida pero a quien sí ha experimentado y de quien ha recibido la redención. Una experiencia de redención tal que le hace llevar una vida de entrega. Es esta lectura una invitación a cada uno de nosotros mismos a cerrar los ojos y recordar el momento de nuestra vida, quizás más de uno, en el que hemos sentido esa experiencia extrema de Dios, el momento o momentos en los que recordamos haber sentido con fuerza esa confianza de Dios en nosotros y nuestra respuesta de mutua confianza y compromiso en la construcción del Reino.

¿Cuáles son nuestros becerros de oro?

No hace falta que expliquemos aquí qué es el pecado. Cada uno de nosotros tenemos la experiencia personal, quizás demasiado frecuente, de vernos impulsados a cometer el mal, incluso en contra, muchas veces, de nuestra voluntad más profunda, como se lamenta San Pablo en alguna ocasión. En la lectura del Éxodo se nos muestra un pueblo enfervorizado que ha sustituido a su Dios por un objeto de metal. Hoy tenemos que preguntarnos nosotros cuántos becerros nos separan cada día de honrar, enaltecer, hacer grande con nuestros actos, a nuestro Dios, y a quién rendimos pleitesía en su lugar. Si estamos poniendo por delante nuestras cosas, objetos, rutinas, proyectos materiales, antes que las personas o el propio sentido que las crearon o por las que surgieron o están ahí.

Puede ser ésta una pregunta para hacernos de forma individual, en lo que atañe a nuestra relación personal con Dios, pero también una pregunta que nos hagamos de forma comunitaria en lo que respecta a determinados enfoques u orientaciones que puedan estar alejándonos de una verdadera espiritualidad cristiana.

Siendo humildes para reconocer y reparar el error cometido, y misericordes con el hermano que vuelve a la casa del Padre, construimos el Reino

En el Evangelio de hoy Jesús nos muestra con imágenes cotidianas el empeño que Dios pone en cada uno de nosotros. Nos lo presenta como un pastor preocupado por todas y cada una de sus ovejas, como una mujer empeñada en conservar hasta la última moneda de su patrimonio, o como un padre amoroso que se goza en la vuelta a casa del hijo que se había marchado renunciando a su familia. Porque, y esto es lo que quiere significar, todos y cada uno de nosotros, sus hijos e hijas, somos importantes, valiosos y amados para el Señor.

Démonos cuenta de que Jesús comienza estas parábolas porque está siendo cuestionado en su actitud frente a los pecadores: “Ese acoge a los pecadores y come con ellos”. Critican que Jesús se sale del orden establecido en la sociedad judía de la época porque trata de tú a tú con recaudadores de impuestos, con prostitutas, con enfermos a los que se creían así a causa del pecado, o con los que su propio origen o profesión les hacía indignos de relación con ellos e incluso sin posibilidad de salvación divina, los no pertenecientes al pueblo judío: samaritanos, romanos,... A todos ellos Jesús, con la parábola del hijo pródigo, les hace saber que también son amados por Dios. Que la Gracia de Dios y el amor del padre/madre es tan grande, y su misericordia tal, que no tiene en cuenta cuán imperfectos seamos, o cuán importantes hayan sido nuestros pecados a los ojos de las personas, pues somos dignos de implorar su perdón. Ser humildes para reconocer nuestros errores y volver a su casa, que siempre nos está esperando y nos va a acoger. ¡Qué gran experiencia la de saberse perdonado! Pero hace falta mucha humildad para postrarse primero ante Él y reconocerse pecador. No sucede así con el hermano mayor. Nos encontramos frente a quien se siente perfecto ante Dios. Cumplidor de todas las normas, obediente de los preceptos pero que, incapaz de llevarlos a cabo con amor, no puede sentir compasión por el sufrimiento de su hermano que regresa. Es incapaz, por tanto, de mostrar misericordia. La respuesta del padre a su reclamo, “Hijo, tu siempre estás conmigo”, le da la clave: está haciendo lo que se espera de él, pero sin “vivir con el padre” sin sentir de verdad la salvación, sin sentir el Reino, sin sentir al padre. Quizás encontremos aquí un paralelismo con la común actitud de cifrar la buena conducta con el cumplimiento de ciertas prácticas religiosas, como la comunión o confesión frecuentes, la misa dominical, y evitar después el encuentro sincero y dialogante con hermanos nuestros que viven situaciones sociales de marginación, defienden posicionamientos ideológicos y políticos discordantes, o que afrontan orientaciones sexuales divergentes, entre otros, añadiendo el alejamiento y la hostilidad de nuestras comunidades a los de la propia sociedad.

No tiene cabida, a la luz de esta parábola, el rencor ni el resentimiento en la comunidad cristiana. Sólo la alegría y el festejo cada vez que uno de nosotros busca reconciliarse, congeniarse, con el Señor. No habrá reconciliación verdadera sin esa aproximación primera, sin la actitud de reparación del daño, en donde se incluye el acercamiento y la reconciliación con el resto de nuestros hermanos. La actitud de vuelta del hijo menor es humilde, con disposición de entrar al servicio, como jornalero de la casa. Y el ambiente que proclama el padre ante tal actitud es de jovialidad, alegría banquete y fiesta.

Cabe pues preguntarnos ahora cuál es nuestra actitud. Primero frente al pecado personal: arrepentimiento verdadero, sin condiciones, actitud de reparación, poniéndonos al servicio, implorando misericordia. En segundo lugar nuestra actitud como hermanos mayores de la parábola, como cristianos/as implicados/as en la construcción del Reino: ¿cómo ponemos en práctica la corrección fraterna en nuestros grupos y comunidades, para procurar un mejor ambiente y vivir una continua fiesta de reconciliación? ¿Cómo llevamos a cabo la acogida que Dios padre/madre nos pide que tengamos ante quienes se acercan a nuestras

comunidades queriendo vivir una experiencia de Dios, desde sus propias realidades particulares, sin condiciones, en paz y dignidad, como hijos/as suyos que son?



Comunidad El Levantazo
Valencia